

EL CID EN SEVILLA

Si en una de estas mañanas de verano, en que a primera hora la brisa fresca del Guadalquivir cruza cargada de perfumes florales el Parque de María Luisa, os acercáis a la gran avenida de su entrada, podreis contemplar bien a vuestro sabor la estatua en bronce de Mio Cid Ruiz Díaz de Vivar. Erguido el cuerpo sobre la silla, alzando en el puño la poderosa lanza en la que tremola un pendón castellano, el Cid parece palpitar en un inquebrantable deseo de batallas.

Esta magnífica estatua, la primera ecuestre que se erigió en España en honor del Cid, fué labrada por una célebre escultora norteamericana, Mistres Huntington, quien quiso perpetuar así la estadia del gran guerrero medieval cristiano en la Sevilla árabe de Almotamid.

Es singularmente significativo el hecho de que el Cid Campeador ganase su glorioso sobrenombre, luchando en defensa de los sevillanos. Implica en primer lugar, que las guerras del siglo XI tuvieron un signo más político que religioso. El Cid lucha contra aragoneses y navarros aliados con el moro granadino, y los derrota entregando sus despojos al moro de Sevilla.

Se nos aparece así España con una paradójica unidad dentro de su múltiple división. Unidad si, puesto que las parias que pagaban los reyes moros de Córdoba, Sevilla, Murcia, llevan consigo la consecuencia de que reconocían como superior, como mayor a Castilla. En el momento del Cid, la influencia de Castilla en la política árabe andaluza es tan grande que pudiera muy bien haberse llegado a la total subordinación de los musulmanes y acaso a la cristianización pacífica de Andalucía, de no haberse producido,—por la torpe precipitación de Alfonso VI—los hechos que tuvieron como consecuencia la invasión almorávide.

Queda en todo caso patente la idea españolísima del Cid Campeador, de asegurar el predominio castellano sobre todos los demás reinos, tanto árabes como cristianos, no sólomente por la fuerza de las armas,

sino más bien por un sistema de protección a los reyes de taifas débiles, y de enfrenamiento de las excesivas ingerencias de navarros y aragoneses en las comarcas musulmanas.

Si analizamos un poco cual era la visión política del Cid Campeador, encontramos que era el de una España imperial, en el riguroso sentido de la palabra, o sea una federación de pequeños reinos, sobre los cuales el rey de Castilla ejercía la suprema tutela, el supremo arbitraje y protección, como un emperador. Fórmula que en algunos momentos de la Edad Media existió efectivamente en España, e incluso hubo algún rey que se hizo denominar Emperador.

Sevilla vió marchar al Cid que había venido como embajador, y que de repente por fuerza de las circunstancias, se convierte en paladín para defender los intereses sevillanos. Acude a las buenas, enviando cartas en que pedía a los moros granadinos y a los cristianos navarros que abandonen las tierras que han ocupado, y que se vuelvan a sus fronteras. Ellos menosprecian el pacífico y permanecen en los pueblos invadidos. Entonces el Cid marcha contra ellos con fornido ejército de castellanos y de moros sevillanos, y vence a los invasores poniéndolos en prisión.

Entra ahora en juego la generosidad del Cid. Recobra los tesoros que ellos habían robado, y se los devuelve al rey Almotamid, después de lo cual pone en libertad a los prisioneros. Este fué sin duda el motivo de que el rey Alfonso VI le desterrase privándole de su graeía «ayrado contra èl». Al rey Alfonso no podía agradarle que el Cid obra-se tan por propia cuenta, disponiendo del botin de campaña para dárselo a Almotamid, y menos aún que pusiera en libertad los prisioneros navarros, que para Alfonso hubieran sido valiosos rehenes políticos. Solivantado por los nobles, ante estos actos de autoridad del Cid, le condena al destierro.

Esta parte de la historia ya no nos interesa desde el punto de vista sevillano. Baste con anotar como último episodio de la estancia del Cid en Sevilla, que aquí fué donde se le dió el sobrenombre de Campeador, por haber vencido a los enemigos de Sevilla acreditando su destreza campal. Campi-doctor, o campeador es el apelativo que el Cid se lleva de Sevilla como glorioso bagaje, y con él pasará a la historia, después de aterrorizar con él a sus enemigos durante todo el resto de su vida.

El Cid Campeador debió encontrar en Sevilla un verdadero paraíso. Por contraste con Castilla, que era entonces dura tierra de bosques y de fortalezas, vió aquí palacios, alcázares y jardines. Las murallas de

la Macarena no fueron para él sino arcos triunfales para celebrar el gozo de su regreso victorioso entre aclamaciones y músicas.

Así el Cid se llevó a Burgos la idea de que había tierras de clima suave, de floridos vergeles, y cuando salió desterrado de Burgos, pensó en conquistar para su regalo y el de su mujer e hijas, una ciudad placentera y deliciosa. Solo que por no hacer daño a quienes habían sido sus amigos, prefirió en vez de adentrarse en correría militar hasta el Guadalquivir, seguir el curso del Turia y conquistar la otra ciudad de los vergeles, Valencia, que pudiera recordarle este Sevilla, de la que guardó siempre memoria feliz.

JOSE MARIA DE MENA



Las murallas de la Macarena, desde donde el pueblo sevillano vió regresar victorioso al Cid Campeador.

(Corresponde al artículo del Sr. Mena)



Estatua ecuestre del Cid, en Sevilla, espléndido regalo de los esposos Huntington.

En el pedestal se lee la inscripción siguiente: «Sevilla, corte del rey poeta Motamid, recibió a Mío Cid, embajador de Alfonso VI, y le vió volver victorioso del rey de Granada».

(Corresponde al artículo del Sr. Mena)